



# EL IRIS.

SEMANARIO ENCICLOPÉDICO.

## Literatura.

### MOVIMIENTO DRAMÁTICO.

(ARTÍCULO 1.º)

¿Muere ó se transforma la escena española? Esta es la pregunta que se hacen todos los días los amantes del arte teatral, de ese arte tan jóven y vigoroso un día en nuestro país, tan ciego y decrépito ahora. La tragedia clásica, con sus formas severas y sencillas, con su tranquilo entusiasmo, con su robusta pero monótona versificación, no alcanzó un lugar distinguido en nuestro teatro cuando reinaba sin rival en Francia bajo la poderosa tutela de Corneille y de Racine. Otro era el gusto español de aquellos tiempos porque era otra la sociedad. La tragedia griega es la forma mas correcta y pura entre todas las creaciones escénicas: ninguna revela una inteligencia mas profunda, un conocimiento mas completo de las condiciones del arte en su expresion mas abstracta é ideal: ninguna lleva mas claro el sello de la inspiracion que el mundo presta al poeta. La sencillez de la fuerza, la

Tomo I.

moderacion del poder son sus caracteres distintivos: aun en los mas violentos arrebatos de pasiones, aun en el mayor calor de las emociones dramáticas, en la plaza ó en el templo, en el foro ó en los campos, la exactitud, la armonia del estilo realzan la verdad de las imágenes que evoca. La belleza no la abandona nunca: las lágrimas y la sangre no empañan la pureza de sus ojos, ni descomponen las encantadoras facciones de su semblante. La intriga del artificio nace sin dificultad: el espectador siente crecer poco á poco su interés, y el desenlace viene siempre natural y sencillo, á concluir el enredo de la fábula.—Pero para que una forma cualquiera domine en la escena con justicia, es necesario que corresponda á un estado análogo en las condiciones de la sociedad. Al examinar la sencillez de las sociedades griegas, el serio y brillante misticismo de sus individuos, la fuerza medio ideal, medio materialista de su gerarquía mitológica, la unidad que caracterizaba entonces todas las obras de las artes, la poesia como la escultura, la arquitectura como la poesia, se comprende fácilmente que la tragedia de Sófocles como la estatua

de Fidiás debían satisfacer todas las necesidades, debían responder á todos los instintos de sus contemporáneos y de su época. Al considerar por otra parte la sociedad francesa del siglo XVII, al ver la magestad templada del poder que dominaba el estado político, imprimiéndole por decirlo así su mismo carácter, aquella organización régia que templaba y dirigía á un centro común toda la actividad intelectual de un país trabajado por el renacimiento literario, por el gusto clásico que la caída de Constantinopla deramó en Europa tiempos atrás y que hasta entonces no alcanzaba su completo desarrollo en la monarquía francesa, compréndese fácilmente también que, á falta del drama nacional, ninguna forma, tan bien como la forma griega correspondía á las condiciones del estado. Mas ni la sencillez de Atenas, ni la magestad de la monarquía de Luis XIV eran los caracteres de la sociedad española. La levadura árabe había fermentado durante muchos siglos en un país reyuelto siempre, siempre peleando, activo en las discordias civiles de las ciudades castellanas ó en las fronteras del territorio musulmán. ¿Qué influencia podía tener el gusto griego en un estado antes que todo religioso porque la religión se había exaltado por el combate? Ni la cruz militante de San Pablo ni la media luna conquistadora de Mahoma podían cobijar el coturno y la túnica de los héroes del paganismo. ¿Qué interés tenía la larga y azarosa

guerra de Troya con sus sangrientos episodios y remotas hazañas al lado de una lucha continua de siete siglos en que combatían dos religiones, dos pueblos, dos sociedades distintas bajo todos sus aspectos, en su esencia como en sus formas? Ningún interés podía tener, y ninguno podía escitar en un pueblo á quien no era dado comprenderla: aun ahora, calculando como artistas, y estimando el vigor de la epopeya de Homero ¿no hay mas verdadera poesia en el alboroz rayado de Musa que en la coraza dorada de Agamenon? ¿No hay mas inspiración para el poeta en los funestos amores de Rodrigo y de la Cava que en la pasión de Páris y de Helena? ¿No es mas grande Pelayo reuniendo en las montañas de Asturias los desalentados restos de las falanges godas que Aquiles arrastrando ante las murallas de la ciudad asiática el cuerpo destruido de Héctor?

La tragedia clásica evocaba imágenes que apenas aparecían distintas á los ojos de la sociedad francesa, aun cuando Racine prestaba á los héroes de Homero sentimientos que solo nacen en los corazones fecundizados por el cristianismo. La forma pues, solo la forma, que correspondía por sus magestuosas y sencillas proporciones á las proporciones sencillas y magestuosas de la sociedad, daba vida y vigor á la tragedia clásica. En España ni el fondo ni la forma representaban intereses sociales. Es imposible encontrar en



el mundo un país menos uniforme que la nación española desde la conquista de Granada. Ocupado el territorio por la raza goda confundíendose en el mediodía con las razas árabes, agrupados, por circunstancias felices, reinos y provincias, de lenguas, costumbres y tradiciones diferentes, presentaba la España un cuadro en que todo abundaba excepto la unidad social. Agregóse á estas causas el descubrimiento de América que complicó de extraño modo las relaciones de los individuos, dando nuevo giro á las ideas y alterando ó modificando cuanto de la antigua organizacion quedaba: fué el rey de España emperador de Alemania; y nuevos dominios en Italia, y en Flandes, y la herencia de Portugal y sus colonias en la casa de Austria produjeron nuevas guerras, elevaron nuevos poderes, exigieron la aplicacion mutilada de una administracion multiforme y por tanto defectuosa. Hasta la guerra de sucesion tal era el estado del país. ¿Era semejante por ventura á la sociedad francesa que empezó su obra de centralizacion en tiempos de Luis XI, á que dió vigor é impulso Richelieu y que acabó Luis XIV fundiendo todos los poderes sociales y políticos en una pirámide cuya cúspide era él? La forma de la sociedad española era múltiple y distinta en sus aspectos: la forma dramática por tanto no podía ser la tragedia griega que era cabalmente la expresion mas una y armónica de to-

das las espresiones conocidas.

Hemos tenido en verdad á fines del siglo pasado y principios del presente algunas tragedias clásicas: su dominio duró poco y nunca fué esclusivo: en la decadencia de nuestro teatro, producida por la invasion de ideas francesas que siguió á la casa de Borbon, se han distinguido justa, justisimamente Huerta, Cienfuegos, Quintana y Martinez de la Rosa: pero á pesar del mérito indisputable que á sus tragedias asiste, ¿dominaron alguna vez la escena? ¿Crearon una escuela y formaron un público? El pueblo acudió sin pasion al teatro y un corto número de inteligentes aplaudió tan señalados esfuerzos. Los espectadores no comprendian en general una forma que les presentaba frecuentemente, no ya los héroes de la Grecia, sino como en *Pelayo* y la *Condesa de Castilla*, argumentos de su propia historia, hechos heróicos, hazañas afamadas de sus abuelos.

No bastaba pues la tragedia clásica á la época de nuestro dominio en el mundo ni á los tiempos de nuestra decadencia, ¿nos bastaria ahora? no lo crea: ahora nos agobiaria con sus vastisimas y gigantes cas proporciones. Su sencillez monótona y altiva nada representa en una sociedad pobre, infinitamente subdividida en fracciones miserables, en una sociedad que lucha y se agita estérilmente en su inacabable tarea de descomposicion. El coturno trágico es ancho en dema-

sía para nuestros pequeños pies. Su austeridad nos espanta sin interesarnos, porque nuestro pensamiento se halla siempre ocupado con esas lastimosas tragedias que las revoluciones de los pueblos nos presentan sin cesar, con esas tragedias en que somos á la vez comparsas y espectadores. Para distraernos de las tristes escenas de lo presente, necesitamos multiplicar las emociones, el movimiento, la intriga que la tragedia clásica nos niega. Su atmósfera es sobrado pura y transparente para nuestros sentidos débiles y agitados. Su esfera está en una altura á que no alcanzan nuestras almas conmovidas por miserables ambiciones, por rencillas y pasiones del momento, sin fuerza y sin energía. Esos grandes sentimientos que ocupan exclusivamente el corazón, esa vehemencia, ese poder para el bien ó para el mal, la abnegación de los nobles sacrificios, la sed de las atroces venganzas, triste es decirlo, pero no caben en nuestra estrecha cabeza. La sociedad marcha muy de prisa y su rueda gasta todos los ángulos salientes de los individuos que toca: la inconstancia, el cansancio y la miseria son nuestro carácter, y con miserias ni desengaños puede vivir la alta tragedia. Y si nosotros no podemos concebirla, mal podremos representarla: así es que los grandes trágicos acabaron en el mundo. Lekain, Talma y Maquiez no encuentran sucesores.

Pero si la tragedia clásica no ha echado jamás raíces en el teatro español, en cambio creció lozano y pomposo el árbol florido del drama nacional. Asombra ciertamente el movimiento escénico de los siglos XVI y XVII: no se comprende como pudieron representarse tantas comedias, ni cómo hubo fecundidad tal en sus autores. Perdidos están para nosotros los nombres de muchos malos poetas que inundaron el teatro con sus producciones abortadas: olvidamos con gusto á las medianías que seguían, como siempre acontece, las huellas de los grandes ingenios; pero al recordar las creaciones de los dictadores de la escena, de Rueda, de Alarcón, de Calderón, de Lope, de Tirso, de Moreto y tantos otros que dieron lustre y honor al teatro nacional, apenas concebimos cómo alcanzaron á tanta altura en sus concepciones, á tan valiente originalidad en sus ideas, á tan prodigiosa fecundidad en sus recursos. Y este asombroso movimiento en el arte era hijo del entusiasmo público; ni es creíble que, si no hubiese habido espectadores ansiosos, prontos á coronar la frente del poeta, á celebrar sus triunfos y á animar sus esfuerzos, se hubiese desarrollado la rivalidad dramática que ha hecho de nuestro teatro antiguo el más fecundo y admirable de todos los teatros europeos.

Natural era que sucediese así.



El drama reflejaba todas las pasiones, todos los sentimientos, todas las costumbres de la nacion: la nacion acudia ansiosa á contemplarse en el mágico espejo de la verdadera poesia.—El drama era eminentemente popular y este es el único y sencillo secreto de la dictadura que adquirió. Multiplicábanse los teatros para satisfacer la incansable afición de los espectadores, y los poetas, reyes de la escena, eran hasta cierto punto tribunos en la opinion. Pensaba bien el pueblo y no era injusto en sus sentencias: aplaudíase á sí mismo y á fé que tenia entonces razon en su entusiasmo. La comedia famosa era un cuadro inmenso donde todo cabía, donde se hallaba representado todo: el fondo eran las tradiciones y las costumbres, pero las costumbres y las tradiciones de todas las clases: Lope y Calderon han retratado con vivos colores altos personajes históricos llenos de fuego y de vida, al lado de infelices menestrales, de truhanes y aventureros. La sociedad española con sus numerosos tipos se confunde y bulle en aquellas portentosas creaciones, cautivando siempre la atencion del espectador que los juzga porque los conoce y comprende. Los héroes y los mendigos se encuentran y tropiezan á cada paso en escenas llenas de vida, de verdad, en que resalta entre la *floritura* de la época el estudio y profundo conocimiento del corazon humano. El honor, la religion y la galanteria eran

los caracteres distintivos de la sociedad española: el honor, la religion y la galanteria son los ejes eternos de los antiguos dramas. Shakespeare buscó en la historia de Roma, en la de Italia, en la antigua Escocia caracteres que desarrollan en sus admirables tragedias: Calderon, menos libre en sus concepciones que el poeta inglés, se limitó á retratar tipos nacionales, engalanándolos con toques profundos y filosóficos envueltos en raudales de poesia, perdidos entre las flores de una versificacion fácil y armoniosa. Con recursos inmensos para la complicada intriga de sus fábulas, con colores en su paleta para todos los personajes, siendo casi siempre iguales los acontecimientos, son diferentes siempre los aspectos bajo los cuales se presentan al espectador.—¿Qué importa que las tapadas y los graciosos, los galanes y las damas en situacion equívoca, las riñas entre los caballeros y el desenlace satisfactorio abunden en casi todos los dramas, si es imposible calcular cómo se desatará el enredo, de qué modo han de concluir las escenas que suspenden el ánimo en angustiosa ó placentera incertidumbre? La verdad y la razon se hallan siempre en el fondo de los mas disparatados argumentos: el Tetrarca el Coriolano, el Alejandro de Calderon son españoles en sus sentimientos, y solo llevan el nombre de la antigüedad, pero tambien la Hermione, la

Andrómaca, y hasta la Fedra de Racine piensan y hablan frecuentemente con los pensamientos y el lenguaje de la pasiones cristianas.

Necesario es confesar que hay una libertad extrema en las creaciones de nuestros antiguos autores; pero es justo también considerar la época en que escribieron. Si rompieron muchas trabas, crearon en cambio grandes situaciones. En la exaltada imaginación del público que les juzgaba, nada era inverosímil, nada estaba fuera del alcance de la humana voluntad. Los lunares de las comedias de Calderon y de Lope desaparecen ante sus infinitas bellezas, ante la poderosa originalidad que las anima: enmudece la censura, y la crítica se disipa ante la admiración.

Pero si es grande el drama nacional en sus enredos, es maravilloso en la lozanía de sus formas y pródigo en la riqueza de su estilo. El idioma se dobla y se presta á las mas raras combinaciones, alcanzando toda la elasticidad posible, toda la flexibilidad imaginable. Los pensamientos vienen envueltos en torrentes de una poesía materialista pero fecunda y brillante. Todos los objetos que el mundo ofrece á los sentidos pasan en portentoso panorama para engalanar el diálogo, y si algo ofende es su misma profusión.

El drama nacional pasó con la casa de Austria: nació á su som-

bra y murió con la dinastía: la guerra de sucesión envolvió en largas y azarosas convulsiones al país, apartando la atención del teatro cuyo esplendor quedó empañado para siempre. Grande, vigorosa y variada, de nobles maneras, de ricas y múltiples proporciones, la antigua comedia dominó y atrajo el gusto del público porque en sus cualidades y en sus faltas, en sus bellezas y en sus lunares reflejó fielmente la sociedad de la época: era su forma mas completa, su expresión mas pura; y si influyó en la civilización, fué justa y bien ganada su influencia. El gusto literario francés entró en España con la casa de Borbon: como nada representaba, nada pudo producir tampoco: estériles imitaciones, copias pálidas y frías fueron sus pobres frutos, caminando en perpetua decadencia hasta los tiempos de Moratin.

S. BERMUDEZ DE CASTRO.

## EL ANIMA DE MI MADRE.

(Conclusion.)

Pasé un recibimiento, una antesala y una sala, luego otra y despues otra, todas muy espaciosas, decoradas con muebles suntuosos, algo severas en su anticuada magnificencia y desiertas de todo viviente: mas parecíame que conforme iba caminando adentro me guiaba la viuda del teniente coronel Zuazo pues que creía oírle como tosia cada vez una puerta mas allá.



Llegué por último á un gabinete sombrío, á causa de tener entornadas las persianas y llamé con un dedo á la vidriera, antes que por resolución que tuviese hecha de entrar, por temor que me sobrevino de volver atrás sin el eco que me había conducido por donde yo ya ignoraba hasta aquel término.

¡Oh! pluguiera á Dios que en lugar de mi cobarde atrevimiento hubiéranse pegado las manos á la lengua y la vaciladora voluntad ojalá se hubiese convertido en la certeza insensible de la muerte.....!

Apenas toqué al cristal me respondió la voz de un hombre que con tono imperioso y prevenido dijo: *adelante*, y oí como pasos que venían hacia mí.

Se abrió la puerta y sobrecogida saludé á un personaje que vestía bata color de fuego sembrada acá y allá de diablos negros; tenía este hombre sobre cincuenta años de edad, era alto, enjuto y ateizado, con las cejas muy pobladas, la mirada lenta y el ademán indiferente y flojo.

El tal hombre me cogió de la mano y me sentó á su lado en un confidente del fondo del gabinete.

La luz entraba á medias y solo la costumbre podía ir poco á poco aclarando los objetos que me rodeaban.

Enfrente de nosotros vi como había un cuadro con grande marco dorado, cuyo lienzo sería próximamente de vara y cuarta. En este lienzo se dibujaba entre otros objetos agrupados y por entonces confusos, un templo con una torre eminente y en el último tercio de la torre la esfera de un reloj sobresalía: el pausado golpe de la péndola me advirtió que estaba animada la esfera del reloj.

Distraje la vista de aquel punto y vi sobre una mesa reclinadas las unas apoyándose en las otras muy simétricamente y formando curva, mas de trescientas onzas de oro en una sola hilera..... Parecióme también que se movía onza por onza como la serpiente anillo por

anillo.... pero no.... no... fue tan solo ilusión de aquel momento.... las onzas no se movían.

Mientras que yo me hallaba fascinada contemplando aquello y poseída de un terror pasivo, el sijiloso y austero personaje había vuelto á cojerme la mano izquierda sin grande interés aparente, y como por mero pasatiempo jugaba con mis dedos que convulsivos le oponían sin duda alguna resistencia que le fue grata, porque gradualmente iba cobrando vida que le faltaba hasta que tocó en el esceso.

Aquí solté un grito; le pregunté quien era que tan osado me ofendía, mas él asomando el labio inferior se sonrió con un relámpago y solo dijo *J. P. L. igual á 72*.—Ah! no, caballero, aquí están las camisas y el dinero en mi casa.

—Y tú en la mía, me respondió sin refrenar acciones ni alterarse.

—Yo di otro grito y me refugué á un rincón hecha un ovillo.

¡Ay, hijo mío! ¡que les vale contra el tiro certero del alcotán flechado, á la tímida codorniz la floja avena ni al colorín la rama en que se esconden!

Aquí D. Juan Perez y Lopez se puso en pie, arrojó al suelo su bonete bordado y con furor se sacudió la bata....

La bata, ¡ah! la bata era de fuego y ambos faldones dieron un chasquido atronador como cohetes infernales: á este chasquido contestó fatídico el reló del marco de oro con once ayes doloridos, y tras estos lamentos cuando espiraron, la música misma aquella de mi sueño, aquella misma augusta consonancia se reprodujo á no tanto trecho de mis oídos como la oí la vez primera.

Parecióme que se difundía por la estancia cada vez mas clara como la aurora del alma y que su oriente lo tenía en el reló de oro; levanté hacia él la mirada y vi sobre del lienzo á todos aquellos arrogantes mancebos y á las galanteadas damas aquellas que antes viera voluptuosos danzando al pausado



compas de la armonía: vi el lujo y los doseles, las fuentes con aljófares, los ricos aderezos, las plumas y las estofas; vi despierta, hijo mío, el sueño entero de la crisis de mi vida, brotado por el caño abundante de la fantasma virgen de una muger.

¡Ay de mí! ¡a quien le fuera dado no volver los ojos! un ruido misterioso y como de escamas llamó á mis pies, miré y encontréme con la serpiente de oro culebreando muy humilde y como deseosa de que la pisara con tal de que me advirtiera sus halagos.

Una y cien vueltas dió sin que yo fuera osada á prorrumpir ni un alarido, mas ella viendo impunidad ó flaqueza, subióse deslizándose por la falda hasta mi mismo seno.

¡Piedad! exclamé, como implorando amparo del amante bastardo y vi su bata de fuego que me deslumbró y con mayor sorpresa que nunca advertí que en ella y al son incesante de la música, también bailaban los tiznados demonios una grotesca pantomima, los unos frente á frente de los otros, pareados y como si fueran juegos de tenazas.

¡Ay! ¡ay! la música arreciaba, el rumor atronaba mis oídos, la llameante bata fulguraba, mi vista se perdía confundida entre tantas multiplicadas maravillas, mi alma en fin era un aroma que volaba, y mi cuerpo aun la flor de que partía!

Un frío apetecible, un calor sabroso, un roce regalado sentí luego, que se desenvolvía por el pecho para subir pausado á la garganta; y era que la serpiente en elegantes roscas llegó hasta mis oídos y arrojando un aliento imperceptible habló de esta manera:

«Leda, Leda, tu escondida horfandad era tu mundo, hasta que el corazón se te asomó á los ojos y me viste por las lumbreras de tu alma.—Yo soy el Dios de la tierra, á quien adoran los reyes de los hombres, y por quien los hombres se humillan á sus reyes.—

Yo de los senos profundísimos, donde las aguas azuladas de Oman hierben y combaten, arranco la avergonzada perla para la frente de la mujer.—Leda, Leda, como un punto en el vacío tu niño corazón era tu mundo, tú me viste y yo soy mas grande todavía que el mundo de la creación.—Sígueme, que soy también la virtud de los hombres, el poder de la sociedad, el amor de las familias, la perfección de la belleza; y yo en cambio os sentaré encima de mis brillantes hombros tu hermosura.—Amame así como la piedra oriental ama al engarce; y si pierdes tu nombre, te daré títulos sonoros y magníficos que muchos han trocado por la vida.—Yo soy parte hoy y mañana el todo del oro de la tierra.—Amame, amame como te amo, adorada mía, que de placer, si me abrazáras, me derretiría en la canal que forman tus dos pechos.—Amame, amame como te adoro, hermosa mía....»

¡Oh seductora voz de la serpiente! Sentí desfallecerse mi flaca materia, perdióse mi razón desvanecida y en un vapor densísimo vagó mi espíritu.

No sé si sentí en mis labios la boca de la serpiente que me besaba y sin embargo de su amorosa solicitud y encanto di un grito de dolor.

¡Ay! ¡ay! ¡ay! suéltame, suéltame que me devoras.... Parece todavía que lo siento.... y en esta angustia recobré la razón y me encontré arrojada como un pañuelo ajado con las manos.

Desolada volví en torno los ojos, y de mi pasado vértigo encontré solamente como real y positivo, bastantes onzas esparcidas por el suelo y alguna que otra en el seno que cojí y arrojé lejos de mí.

El impasible D. Juan Perez y Lopez se paseaba á lo largo del gabinete, cual si nada me hubiese sucedido.

De allí á un instante se arrebató las manos á la frente, dió una patada en el suelo y tiró con violencia de la campanilla.



Tardaban en venir á su deseo y sacudió con mayor fuerza el tirador; oyóse en esto un ruido como de pasos precipitados y se presentaron, la que yo creía viuda del teniente coronel Zuazo y el portero, pero venían en la forma mas extravagante que jamas se haya ocurrido á nadie.

El portero andaba á gatas y la viuda venía á la gineta en sus espaldas. Al verlos dijo D. Juan Perez y Lopez con marcado desafuero y virulencia. «Zarandilla y Chuzón de los demonios, ¿donde os meteis canalla que andais torpes? Eha vivo, echad fuera á esa muchacha y trahedme ropa de calle, que me voy al remate de unas fincas nacionales que fueron de los ex-frailes trinitarios.»

Tanta vergüenza cayó sobre tu pobre madre que no atinaba á andar.

D. Juan Perez y Lopez dado que hubo sus órdenes, se puso á recoger una por una las onzas que habia esparramadas por la alfombra.

Hízome una seña la zarandilla y la seguí cabizbaja: esta muger desvergonzada espoleó al vil chuzon y le dijo, *arrea marido* y el chuzon tomando un trocillo respondía, *muger ya ando*.

Así llegamos al portal: yo les iba detrás y para despedirme á orillas ya del dintel, pegó el chuzon un corecbo de cabra envuelto en un insolente par de coques al que la zarandilla de grado ó por la fuerza brincó al suelo y cayó de pies. Hízome en seguida un momo ridículo y huyeron ambos por donde habian venido muy alegres.

Heme tú á mí de vuelta á mi boardilla con direccion incierta, desmemoriada y pálida, á cada paso sobrecoigida de espanto, volviendo la cabeza y creyéndome que D. Juan Perez y Lopez me sorprendia de nuevo para ensayar su condenada magia.

Al llegar á una esquina oí una voz muy cerca de mí que me llamaba y quedé petrificada.

—No te asustes, me dijo la voz con to-

no delicado é insinuante al alma. Yo te he visto cien veces sin que fuera advertido, y otras tantas intenté decirte que te amaba; pero el cobarde corazon tembló.

Fijé la atencion y ví un jóven absorto en contemplarme y temeroso cual si esperára oír de mi labio una sentencia severa.

No supe qué responderle, y dos gruesas lágrimas surcaron mis mejillas, acaso las mas amargas de mi vida.

—¡Ah! exclamó el mancebo, no llores por piedada; yo te he visto tambien en una ventan muy alta de la calle del Dardo y me pareciste una flor perfumada de pureza, que pendia del cielo prendida á un cabello de un serafin. Yo te amo, porque si la inocencia está en la tierra, tu corazon es su altar; yo te amo porque esas lágrimas mismas que descienden, tranquilas manan de la fuente de la castidad. Me nombro *Mario Garcera* y ya conocen tus ojos y tu oído, á quien hoy llama á tu sentimiento y llegará mañana acaso á pasar los umbrales de tu casa.

Mario Garcera inclinó la cabeza y se apartó de mí; mirábale yo alejarse como si aun estuviere bajo la influencia maravillosa del gabinete terrible y necesité apoyarme.

Era Mario Garcera un jóven que contaba á la sazón veinte y dos años apenas; todo su ademan era resuelto, de atrevida cabeza, blonda cabellera rubia, y el bozo apenas indicado sobre el labio superior: al golpe de sus pasos, respondian las lucientes espuelas que llevaba.

Parecíame haber soñado aquel hombre antes de conocerle, guardaba al mismo tiempo cierta reminiscencia de haber oído su voz. Mi voluntad se habia instintivamente aficionado á él en otras ocasiones, pero sin duda que el juicio no habia entrado por nada y la memoria no retenia ni cuando ni en donde.

Desapareció á lo lejos y me acometió el

recuerdo de los pasados sucesos con toda la intencion de Judit y la amargura de Lucrecia.... ¡Ay de mí! ni el puñal de la segunda, ni el brazo vengador de la primera, ni la garganta de Osefernes, estaban á mi arbitrio en aquella edad....! el tirano del oro podia vagar impune por esta nueva Vetulia esclava, degradada Roma.... aquello fue solo un rapto de ira femenil, que buyendo pronto me postró en la tristeza mas profunda.

Cabizbaja y llorosa llegué á mi quinto piso, abrí la puerta y ¡oh dolor! hijo mio, mi madre se revolcaba accidentada por el suelo... jamas, jamas!; las palabras no alcanzan donde raya el dolor de un solo empuje!

Al dia siguiente estaba yo reclinada en la almohada sobre que dormia mi doliente madre y llamaron fuera; sali á ver quien fuese, entró Garcerán y se despertó mi madre. La decaida anciana apenas lo sintió hablar, que olvidando sus dolores se sonrió con una sonrisa inefable.

Esplicó Mario el motivo de su visita y mi madre alabó á Dios y nos dijo:

«Mirad hijos míos: hace un instante que mi alma habia abandonado el cuerpo como la llama al pábilo, pero mi alma dejaba un destello de sí misma sobre la tierra y le penaba abandonarlo sin guia y para que divagara por el caos. Era forzoso remontar el vuelo y la afliccion plegaba las luminosas alas de mi alma. El mandato de Dios y el apego de las criaturas al mundo que conocemos, forman la agonía de la muerte. En este estado un soplo del señor sobre mí ser entero, volvió la vida á su carcel y con los ojos del fervoroso espíritu, vi su dedo omnipotente que señalaba hacia allá por donde llegaste tú á interrumpir mi sueño.... La bendicion de Dios sobre sus hijos y sobre vosotros la de la madre ciega y moribunda.»

Alargó mi santa madre sus desmedra-

dos brazos, é incorporándose apenas en el lecho reposó cada una de sus manos sobre nuestras cabezas, abrió los ojos claros y serenos, dijo que nos veia y entreabiertos los labios y risueños luego reclinó la frente y tendió el cuerpo para dar libre paso al alma justa..... Espiró.

No sé cuales fueron las muestras de mi pesar, me acuerdo solo que perdí el sentido y al volver de un letargo me hallé en un sitio extraño para mí, rodeada de jentes desconocidas y solitarias.

Dijéronme luego que Mario Garcerán me habia dejado en poder de una honrada familia, como un depósito sagrado para hacerme su esposa luego de transcurrido cierto tiempo.

Asi era la verdad, vino Garcerán al poco rato y me habló lleno de ternura en presencia de un anciano de la casa. A punto estuve de arrodillarme á sus pies y contarle mi vida como lo he hecho contigo, Leoncio mio, pero el no verlo nunca á solas, fue la causa que contubo mi noble resolucion, y hé aqui tambien el motivo de nuestra comun desgracia.

A los dos meses contados desde el fallecimiento de mi madre, Garcerán se casó conmigo.

Trascurridos unos cuantos dias llamó la Zarandilla á mi puerta, me habló y traia una amenaza mortal; yo azorada la regalé dinero para que se fuese, callara y no volviera; Garcerán nos encontró hablando y pasó de largo.

Al poco tiempo, tanto amor como nos teniamos y la paz que reinaba en nuestra casa, habia desaparecido todo por parte de Garcerán.

En el lecho mi sueño era interrumpido para oír un suspiro ó una maldicion; en la mesa mi pan iba mojado con lágrimas que las movia una mirada recelosa.

Yo me sentia indispueta cada vez mas: la soledad en que me dejaba mi marido, lo mucho que yo le queria y



la falta de sus caricias, conspiraban en mi sentir á esta enfermedad continuada, lenta y que entorpecía mis miembros.

Así, hijo mio, trascurrieron siete meses y al cabo de ellos.... *te dejé en el mundo.*

¡Ah! ¡si el libro de todos los héroes pudiera escribirse! el heroísmo de abnegacion pertenece á las mujeres: y el cúmulo de sus sublimes coronas de martirio, ahogaria las palmas y los ambiciosos laureles, de esos hombres que los historiadores dibujan y los poetas iluminan ó encienden!

*Te dejé en el mundo*, hijo mio, con el solo dolor de no abrazarte, porque cuando aun mi corazon vivia para tí, mis brazos ya estaban muertos....»

A este punto de su relato llegaba el ánima de mi madre, cuando oímos unas como voces perdidas á lo lejos. Yo no las entendí, pero ella desembarazándose de mí, se quedó tan chiquitita que tuve que buscarla y por la lucecilla que arrojava la encontré y vi que era del tamaño de una liebre empinada.

Me eché en el suelo para besarle el rostro y entonces muy quedito me dijo al oído izquierdo.

—«Por ahí viene tu padre que se volvió loco hace veinte años; á tí te busca y yo le temo tanto que me voy; no le digas nunca que me has visto ni le cuentes nada de lo que de mí sabes porque no te creería: la duda solo le tiene trastornado el juicio; juzga tú qué no haria la certeza si Dios no hubiera dispuesto que los hombres dudaran hasta de lo que ven. Ya, ya viene: amor mio, alma de mi alma, perdóname que soy tan inocente como la paloma que se encuentra en las garras del gavilán.»

En efecto mi padre estaba ya encima; el ánima de mi madre se consumió en sí misma ó se sumió por los poros de las losas como el agua en la arena.

Las voces de mi padre eran desafo-

radas. *Satanás vuélveme mi hijo*, iba gritando; y con jigantes descencertados pasos, á trancos daba á veces con las manos en el suelo.

Llevaba caída de hombros y arrastrando la capa de hielo aquella que me caló los tuétanos. Y mas de veinte perros callejeros ladrándole á la zaga y acosándole por detrás, lo traían á mal traer y la capa se la tenían hecha jirones.

A pesar del mucho castigo que desde chiquito me tiene apocado el ánimo, corrí en su ayuda y sacudiendo pedradas á los perros, logré ahuyentarlos.

Me columbró mi padre mientras que yo aun me las habia con los maldecidos canes, y viniéndose por detrás se me echó á cuestras agarrándome mucho y muy creído que me rescataba de las uñas de barrabás.

Me le cargué á las espaldas lo mas acomodadamente que me fué posible y aqui caigo, allí tropiezo, mas allá me reposo y con impaciencia, logré volverlo á casa y lo tendí en la cama sin separarme de su lado, hasta muy de mañana que es la hora en que de ordinario se encaja de rondon alcoba adentro, cierto jorobadillo barbudo, chascando un látigo y echando fieros y blasfemias por la boca. Mi padre salta entonces de la cama sin remedio, baila el pelado al son de la fusta y á revueltas el uno con el otro, bajan pegando brincos la escalera para irse juntos, yo no sé donde ni á qué.

A. ROS DE OLANO.

### SOLACES DE UN PRISIONERO

Ó TRES NOCHES EN MADRID.

*Comedia nueva de D. Angel Saavedra, Duque de Rivas. (1)*

No ha sido el ánimo del autor segun en su *advertencia* nos manifiesta hacer un drama histórico ni una comedia de

(1) Representada en el teatro del Príncipe el martes 2 del corriente.

costumbres: no se ha propuesto pintar una pasión ni retratar un carácter: caracteres, pasiones, costumbres é historia faltan igualmente en la pieza que analizamos. Si se examina la fábula, no se halla gran artificio ni enredosa intriga: si se miran aisladamente los personajes que se mueven en el cuadro, solo se ven bósquejos medio informes y á muy falsa luz algunos: el desenlace es frío y está desde luego previsto por el espectador. En la maquinaria, en la parte puramente material del drama que presenta, no ha olvidado el autor de *D. Alvaro* su peligrosa afición al cambio continuo de decoraciones, que fatiga sin querer la atención del público, desvaneciéndose á cada paso la ilusión teatral. Y sin embargo con estos defectos y otros muchos que pudieran indicarse ¿en qué consiste el agradable encanto que acompaña á toda la comedia? ¿en qué consiste que mientras está levantado el telón no pide el espectador cuenta de las faltas que advierte después en el exámen? Nada hay nuevo, nada imprevisto que pueda conmover las pasiones ó excitar sentimientos en el alma: la intriga es tan fácil y transparente que el fin está en perspectiva lucido y claro: el interés sin embargo se sostiene, porque no es solamente un interés de curiosidad. El secreto del placer que causa esta comedia está al alcance de todos: la fluidez de una versificación igual en su armonia, la gracia maliciosa del diálogo, la buena distribución de las escenas encadenan con divertido hechizo la imaginación. Y si se añade á todas estas cualidades un aroma de pureza en el estilo á que desgraciadamente no nos ha acostumbrado el teatro moderno, una originalidad del mejor gusto en los giros de la frase, unos adornos Calderonianos que sentarán siempre bien en la escena española, acabará de hallarse la clave del misterio que tan agradable y deliciosa hace una comedia, tan pobre por otra parte de argumento y

caracteres. Con los recursos que en los *Solaces de un prisionero* ha desplegado el duque de Rivas hubiera podido hacer un excelente drama, si se hubiera tomado el trabajo de elegir ó de combinar mejor el cuadro, dando mas vida y color á los personajes que lo componen. No ha sido esta la ambición del autor y lo sentimos á fé; porque sentimos que, en cualquiera obra de arte, si es el que la produce de ingenio y conocimientos, no se hallen todas las perfecciones que caben, y que sin la modestia ó indolencia del autor se hallarian, para elevarla á grande altura. Hay recursos escénicos en el drama que nos cumple ahora analizar: hay una versificación pura y armoniosa: hay sobre todo un sabor castizo que dá vida y gracia al diálogo, mostrando al mismo tiempo el profundo estudio que ha hecho el autor de nuestros antiguos poetas.

La acción pasa en Madrid en el año 1525. Francisco I. rindió su espada en Pavia y yace cautivo en una torre donde aguarda, triste y aburrido su libertad. Para divertir la soledad de sus horas, ha ganado con joyas y dinero á los arqueros que lo guardan, y todas las noches sale acompañado de su criado, burlando la vijilancia del alcaide D. Hernando de Alarcon, á rondar la casa de una dama á quien enamora correspondido. La escena primera le halla en la calle, aguardando la señal que ha de hacerle la dueña de Leonor cuando su tío el comendador de Calatrava se haya acostado: pero la ronda acude y quiere reconocerle: Francisco, en tan grave apuro, mata la luz de una cuchillada y huye seguido de Pierres, corriendo entre tinieblas. Los alguaciles no pueden alcanzarles, mientras que al ruido ha llegado el Comendador á ofrecer su espada á la justicia del rey. En la segunda escena platica Leonor alarmada y triste con su prima Elvira mientras viene ó no viene el caballero francés á quien aguarda: pero es tarde: ya ha



pasado la hora y Elvira también espera á un galán que acude todas las noches encubierto á hablarle por el jardín; este amante misterioso es el joven emperador de Alemania Carlos V, rey de España y de los Países bajos. Carlos llega acompañado de un palaciego y de un lacayo á dar quejas amorosas á su dama, mostrando celos por los bultos que en la calle ha visto; mientras que en otro tono emprende un diálogo chistoso y alegre su criado Tomate con la doncella Leonarda. Pero entretanto han corrido los fugitivos alcanzando la prisión, y Pierres echa en cara á Francisco I su afán de salir para rondar calles, cuando podía fugarse tomando el camino de París; el rey responde que ha dado su palabra de caballero y que por nada faltará á ella. El ruido de los cerrojos anuncia que ha llegado la hora de la requisa del alcaide: amo y criado van á sus respectivos lechos á fingir sueño, mientras el rudo y valiente capitán D. Hernando de Alarcon cumple con su ingrato oficio compadeciendo al bizarro y cautivo monarca. Al paso que el alcaide se retira se incorpora Pierres; pero viendo realmente dormido á su joven amo, vuelve á acostarse para seguir su ejemplo.

En la jornada segunda aparece el Emperador en un salon de su alcazar discutiendo con el Conde negocios de estado, dando audiencia, informándose del alcalde del cumplimiento de la justicia y preguntando al esforzado Alarcon por la salud y estado del prisionero: libre de los negocios al fin, se ocupa de sus amores y de los celos que le causan los hombres que vió en la calle la noche anterior. En la segunda escena, la enamorada Leonor, llena de cuidado y de incertidumbre, espera al caballero francés que llega al fin á la cita; y en un bellissimo diálogo se vé obligada para disipar sus celos á revelar el nombre del amante de su prima, mientras que ella no puede penetrar el secreto y el enig-

ma de la condicion de su galán. Pero el comendador ha despertado: Francisco I se ausenta lleno de impaciencia á esperar en la calle al Emperador y mostrarle en singular combate su valentia: Pierres está borracho y no puede sostenerse: el rey se vé precisado á llevarlo arrastrando á un lado de la calle para ocultarlo á las miradas de los que pasar pudieran. Carlos llega con Tomate y vé á Francisco inmóvil y estorbando el paso: al oír la intimacion de que se retire, saca la espada y lidia con el caballero á quien no conoce: ambos rivalizan en destreza: mas la ronda acude: el rey quiere salvarse y dice al Emperador que le guarde las espaldas mientras huye, citándole para la noche siguiente: Carlos queda envuelto en su capa, y cuando el alcalde quiere reconocerle, se desemboza, mostrándose muy satisfecho de la justicia, que sigue su camino: el borracho Pierres descubierto por Tomate revela al Emperador en frases medio formadas el secreto de su amo, volviendo á quedar dormido en el mismo rincon de la calle solitaria.

Al empezar la jornada tercera está el rey en el aposento que le sirve de prision en la torre de los Lujanes, enterándose de Pierres que ha llegado al amanecer, si ha hablado con alguien durante su borrachera. Satisfecho con sus esplicaciones, recibe tranquilo á D. Hernando de Alarcon que viene á su requisa matinal.—La escena segunda pasa en la calle: el Emperador, queriendo poner honroso fin á los empeños de que está ya enterado, oye de boca del conde y de Tomate que está avisada la gente que necesita y pronta la dueña á servirle en sus designios: fiel á su encargo, acude Anacleto á introducirlos en el jardín donde aguardan la hora; en tanto que doña Leonor platica con su prima de sus amores, de su incertidumbre, de sus recelos. Llega el rey, y cuando movido por sus súplicas vá á revelar su



nombre y el secreto de su posición, acude asustada doña Elvira á decirles que está cercada la casa por la ronda: ocupado está el jardín: cerradas todas las salidas: para pasar á la puerta falsa, hay que atravesar la alcoba del Comendador quien despierta al ruido y acude á medio vestir con la espada desnuda, huyendo despavoridas las sobrinas, y quedando la escena en tinieblas. Su espada se encuentra en la oscuridad con la del rey quien la ha puesto delante para evitar golpes á ciegas: llegan luces y el monarca envaina su acero y se emboza. Colérico el Comendador le pregunta qué ha venido á buscar á su casa á hora tan intempestiva: y sin satisfacerle la excusa, reclama con energía el nombre del caballero: ¡el rey Francisco de Francia! responde adelantándose en la escena; y á esta voz cae desmayada doña Leonor: queda confuso el viejo, y el monarca quiere retirarse, viendo libre el paso: pero en una escena original y animada se empeña el Comendador en llevarlo á su prision atado con una faja moruna, pues que sus débiles fuerzas no bastan para impedir su escape: asombrado el rey con la dignidad del anciano va á ceder, cuando llega Hernando de Alarcon á reclamar su prisionero echándole en cara su proyectada fuga y la violación de su palabra: satisfacele el rey, pero indignado el alcaide con la burla que se le ha hecho, desafía á Francisco I, y no pudiendo medirse con él, á cualquiera francés que quiera tomar su demanda. El emperador se adelanta en medio de la escena y recoge el guante de Alarcon, abrazando al rey de Francia con quien vá á firmar las paces. D. Hernando, el comendador, doña Elvira y su prima besan la mano de Francisco I, resolviéndose doña Leonor á entrar en un convento: y cuando Carlos V quiere llevar al monarca francés á descansar á su palacio, no consiente el rey, resuelto á volver á la torre para que el mundo no diga que le ha hallado la paz fugitivo, faltando á la fe de caballero.

Este es el argumento de la comedia en que hay escenas admirables: la segunda del primer acto entre doña Leonor y D.<sup>a</sup> Elvira está llena de gracia y naturalidad, rica de versificación armoniosa y fácil. Los dos diálogos del rey con su amada son bellísimos y llenos de interés. La escena del Comendador con Francisco I después de conocerlo, tiene un perfume español tan puro que palpita el corazón de entusiasmo al presenciarla.

La ejecución ha sido mediana: don Julian Romea se ha distinguido por la dignidad é inteligencia con que representó su difícil papel, presentándose además perfectamente vestido. Guzman no estaba en sus buenos días y lo sentimos en el alma, porque es un gran artista con alta experiencia del teatro. Los demás actores cumplieron con su deber.

Si el intento del Sr. duque de Rivas ha sido solo como dice en la *advertencia* «el de proporcionar á sus lectores y oyentes un par de horas de honesta diversion y entretenimiento con lances verosímiles, con un diálogo claro y agradable y con versos sonoros y fluidos» ha quedado mas que cumplidamente satisfecho. Pero nosotros no podemos menos de culpar la poca ambición del autor, seguros como estamos de que con los recursos que ha mostrado pudiera haber rayado á mayor altura. Ha empezado á bosquejar caracteres, ¿por qué no ha concluido sus contornos? El personaje de Alarcon por ejemplo es una figura española de excelentes proporciones, y de admirable verdad; el último acto tiene animación y vida: ¿por qué ha de venir un desenlace que deja en una posición ridícula á D.<sup>a</sup> Elvira y en una situación triste y equívoca á D.<sup>a</sup> Leonor? ¿No pudieran haberse salvado estos inconvenientes? Creemos que sí, y al aplaudir como sinceramente aplaudimos los *Solaces de un prisionero*, culpamos al autor porque en vez de una buena



comedia no nos ha presentado, pudiendo, un drama completo y original.

LÍCULO.

## LA INCONSTANCIA.

Harto de escribir en serio,  
Paso al estilo de broma:  
Cada cual el rumbo toma  
Que le dicta su criterio.  
Así como así, distamos  
Tan poco del carnabal  
Que no es pecado mortal  
Que tal camino sigamos.  
Porque la ceniza es  
Entre aquel y la piñata  
Una cuerda que los ata  
O una especie de entremes.  
Y hay personas sin embargo  
Que acostumbran á seguir  
Cuanto yo voy á decir,  
Aunque no será muy largo....  
De la inconstancia se trata.  
¡Grande cosa! ¡Buen asunto!  
Desde ahora mismo barrunto  
Que esta materia es muy grata.  
Discurramos un instante  
Sobre el eje en que cimenta  
Y haremos luego la cuenta  
De si ha de quedar triunfante.  
No me propongo otra cosa  
En mi cuenta de sumar  
Que exclusivamente hablar  
De la inconstancia amorosa.  
Y es mi opinion, desde luego,  
Que la inconstancia me agrada;  
Aunque tampoco me enfada  
La que es constante en su fuego.  
Este dictámen alivia  
Muchas veces mi pesar,  
Que es lo mejor profesar  
Una opinion mista, anfibia.....  
La gran máquina del mundo  
Apoyada en su cimiento,  
Su admirable movimiento  
No suspende ni un segundo.  
Esta verdad es tan clara

Que en ella no me entretengo,  
A mi lógica me atengo  
Que lo mas confuso aclara.  
Del año las estaciones  
Son calor, templanza y frio:  
Nunca hay un año de estío,  
De yelos, ni nubarrones.  
Ni nunca los mismos días  
Que de frio y calor hicieron  
Exactos se repitieron  
Que en los meses hay manias.  
La tierra no pocas veces  
Con la lluvia y nuestro afan  
En vez de ofrecernos pan  
Hasta nos niega las heces....  
Nace el hombre, y de continuo  
Es distinto segun crece.  
Hasta el cabello encanece  
Si no se queda antes chino.  
Es distinto su alimento,  
Distintas sus diversiones  
Y muda de inclinaciones  
Segun su edad le dá aliento....  
Ahora bien: si el tiempo el globo  
Y tantos hombres sin cuento  
Son variado movimiento,  
El que es constante es un bobo.  
Y esta no es vana quimera  
En que esté yo discurrendo:  
Alguno estará diciendo:  
¡Ojalá que así no fuera!  
Por eso un refran acaso,  
Refran que nadie resiste,  
Dice que el gusto consiste  
En variar á cada paso:  
Y es proverbio este muy sano.  
¿Dónde hay cosa mas insulsa?...  
Hasta el médico no pulsa  
Por variar, solo una mano.  
No hay perfecto ningun ser  
Cualquiera de ello es testigo:  
Lo mismo del hombre digo  
Que hablando de la mujer.  
La que presume de hermosa,  
La que parece mas bella,  
Es seguro que en aquella  
Sobra ó falta alguna cosa.  
Tendrá grande ó chica frente;  
Ataques al corazon,  
O color de almazarron

O le faltará algún diente,  
 Acaso tendrá joroba;  
 Si no la siega el corsé,  
 Mala nariz ó mal pié,  
 Y será licurga ó boba....  
 En fin, siempre le hará falta  
 Algo que en otras exista.  
 Y si al mas corto de vista  
 Igual objeccion asalta:  
 Y sin cesar caminamos  
 A la humana perfeccion,  
 Tenemos en conclusion  
 Que en una no la encontramos.  
 Por eso formarse puede  
 De varias un buen conjunto,  
 Y ahora estamos en el punto  
 De que salirse no debe.  
 Se ve una boca bonita;  
 Pues á ella y adelante,  
 Porque sinó algun danzante  
 Si andas torpe te la quita....  
 Que ves dos ojos hermosos....  
 Dá tu la carga primera  
 Que sin ser titiritera  
 Ha de tener muchos osos.  
 Con una vida movable  
 Y este frecuente alternar,  
 Vamos.... se puede marchar  
 De otro modo es imposible:  
 El ser constante en amores,  
 No hay que cansarnos en vano,  
 Es método de aldeano,  
 Y propio de cabadores.  
 Es propio tambien de feas,  
 Que quien las quiera no tienen  
 Y á su despecho convienen  
 En retrógradas ideas.  
 A nadie este plan asombre  
 Si existe entre mas de dos....  
 Porque al fin nos hizo Dios  
 De la costilla de un hombre.  
 Y que tremenda costilla  
 Por fuerza debió de ser  
 Que logró encostillecer  
 Y formar tanta ternilla.  
 No señor, debe uno hablar  
 A toda muger que vea.  
 La linda porque no es fea;  
 Y á la fea por variar.  
 Hoy cabalmente alcanzamos

Época tan venturosa  
 Que en queriendo cualquier cosa  
 Por ella nos pronunciamos.  
 Luego convidan las luces  
 De este siglo, además de eso  
 A un abanzado progreso  
 Aunque caiga uno de bruces.  
 Con que á variar en amores  
 Como el vestido se muda,  
 Que la constancia no hay duda  
 Es hacienda de pastores.  
 Y sin que á ninguno ultrage  
 Por su número infinito.  
 Todo presupuesto admito  
 Con tal que de seis no baje.  
 ¿Qué menos?... Media docena....  
 Uno para cada día  
 No juzgo glotonería.  
 Solo es una ración buena.  
 Conque á variar.... solo advierto  
 Porque estoy en el final  
 Una sentencia fatal  
 Dura sentencia por cierto.  
 «A las que agrade esta senda  
 De ello deben retractarse,  
 O renunciar á casarse  
 Sin propósito de enmienda.»

FRANCISCO GONZALEZ ELIPE.

## ALBUM.

LICEO.—La sesión del domingo último, destinada al certamen de fin de mes, aunque no tan concurrida como las anteriores, no por esto fué menos animada. Los artistas de las secciones que tomaron parte trabajaron á porfía para conseguir el premio que acaso hubieran alcanzado todos si para todos hubiere habido premios, pero era preciso elegir uno y los demás se conformaron con el dictamen de los jueces imparcial y equitativo. El asunto designado por la suerte para la sección de literatura era la *INCUNANCIA*; los señores Elípe y Romero Laxadaga leyeron dos composiciones que arrancaron unánimes y repetidos aplausos de la sociedad. La del primero la insertamos hoy en su lugar correspondiente; la del señor Romero, que fué la premiada, no la hemos podido obtener hasta muy tarde y ha sido imposible darle lugar en este número; la publicaremos el domingo próximo. El Sr. Maltrazo leyó un lindo soneto á la desgracia ocurrida á la familia del Sr. Safout.

Concluida la temporada de bailes, sabemos que se trabaja con la mayor actividad en poner el teatro y es de presumir que pronto principiarán las sesiones de las juergas por la noche, tan brillantes y concurridas como en la última temporada.

DIRECTOR Y EDITOR,  
 FRANCISCO DE P. MELLADO